

TERREMOTO

La tierra temblaba violentamente. No puedo dar un paso sin perder el equilibrio y caer. Pero me levanto y de nuevo empiezo a correr, adentrándome en la marea de gente histérica, asustada y arrepentida por culpa de sus vicios cotidianos, suplicando perdón a los dioses e intentando como yo escapar de la lluvia de piedras, trozos de columnas y tejados que se desploman sobre nosotros. El esplendor de Baelo parece con cada segundo que pasa mientras el infierno se apodera de sus calles a órdenes de Plutón. Algunos más débiles se rinden y los desafortunados, aplastados por el gentío, tiñen de rojo las baldosas con la sangre que mana de sus heridas. Al pasar por delante de la Basílica, antiguo símbolo de poder que ha quedado reducido a simples escombros, los inexpresivos ojos de Trajano, la única estatua que se mantiene en pie, observan como la muerte, en su baile frenético, arrastra hacia el mas allá a almas inocentes, víctimas del cruel designio de los cielos.

Niños, mujeres, hombres y ancianos que guardan algo de sus fuerzas de antaño corren como alma que lleva el diablo para escapar de la prisión de mármol que los muros alzan a nuestro alrededor. Un muchacho a mi derecha es alcanzado por un trozo de tejado. Su frágil cuerpo queda aplastado; los demás intentan no pisar el charco de sangre que riega esta tierra impura. Demasiado tarde para él pero no para mí. Aún no... debo seguir adelante... debo llegar al templo...la diosa aún no reclama mi alma.

¡Isis, protégeme! Tú, que me has acogido cuando mi esperanza estaba hecha añicos, tú, que me has dado fuerzas y alma para vivir, tú, diosa protectora, no me llares.

Te dediqué mi vida, con sudor y lágrimas aprendí tus oraciones y hechizos y llegué a ser incluso mejor que algunos sacerdotes. Fuiste la única a la que recé y aún ante ti me arrodillo, diosa, protégeme y dame fuerzas, no me olvides, ni a mí ni a mis hermanas que te hemos servido desde que tenemos uso de razón, nosotras las vírgenes elegidas.

Las columnas de tu sagrado templo se desploman y lágrimas brotan en nuestros ojos. Las hermanas, agrupadas a mis espaldas, lloran. Nos arrodillamos en las escaleras de tu templo ya caído y empezamos nuestras plegarias pidiéndote protección. Debemos ser fuertes tal como tú nos enseñaste. Entre las ruinas del mundo que hace apenas minutos conocíamos no queda más que polvo pero nuestra fe brilla entre todos los escombros.

¡Diosa, protégenos!

Oana Bodea, 2º Bachillerato D